

Inmortalidad significa duración en el tiempo, vida sin muerte en esta Tierra y en este mundo tal como se concedió, según el pensamiento griego, a la naturaleza y a los dioses del Olimpo.

Inmortalidad no es eternidad: eternidad está + allá del tiempo, inmortalidad es estar dentro del tiempo sin padecer sus efectos.

Para los griegos la inmortalidad es el don concedido a los dioses (es sabido) y también a la naturaleza. Nosotros en cambio, al ser los productos culturales de una religión dualista (existe un mundo material y un mundo inmaterial) y milenarista (al cabo de X milenios, el mundo material desaparecerá), estamos convencidos de que el mundo es mortal. Es una diferencia cultural muy profunda que nos separa de los griegos.

Pero si es así, ¿Cuál es el interés de hablar de los griegos para entender algo de la condición humana?

Ante este fondo de la siempre repetida vida de la naturaleza y de la existencia sin muerte y sin edad de los dioses, se erigen los hombres mortales, únicos mortales en un inmortal aunque no eterno universo, confrontados con las vidas inmortales de sus dioses pero no bajo la ley de un Dios eterno.

La vida de la naturaleza es “siempre repetida”: es un círculo o una serie de círculos que se repite sin fin.

Los hombres son los únicos seres mortales: tienen delante de ellos el tiempo circular de la naturaleza, y el tiempo inmóvil de los dioses.

Si confiamos en Herodoto, la diferencia entre ambos parece haber chocado al propio entendimiento griego antes de la articulación conceptual de los filósofos y, por lo tanto, antes de las experiencias específicamente griegas de lo eterno que subrayan esta articulación.

Herodoto fue el padre de la historia. Era un griego de Asia Menor, y era anterior a Sócrates y Platón. Viajó a Babilonia, donde descubrió la religión oficial de los Persas, que explicaba que el mundo material había sido creado por un principio malo, oscuro, mentiroso, mientras que un segundo principio, bueno, luminoso y verdadero, había creado un mundo inmaterial e invisible. El tiempo solo era cosa del mundo visible, pues el otro era un jardín imperecedero, a la imagen de los jardines colgantes del rey en Babilonia, que se llamaba “el cercado real”, en persa “*pairi daēza*”. Los griegos transcribieron este “*pairi daēza*” en παράδεισος.

Los griegos quedan muy extrañados por esta idea de un mundo invisible gobernado por un dios invisible.

Herodoto, al hablar de las formas asiáticas de veneración y creencias en un Dios invisible, afirma de manera explícita que, comparado con este Dios transcendente (como diríamos en la actualidad) que está más allá del tiempo, de la vida y del universo, los dioses griegos son *anthrópophyeíi*, es decir, que tiene la misma naturaleza, no simplemente la misma forma, que el hombre<sup>1</sup>.

“En la actualidad” diríamos un Dios transcendente porque mezclamos 3 tradiciones: Persa (la luz del espíritu contra las tinieblas de la materia), Hebrea (un Dios único, celoso y cuyo reino está “encima” y “fuera” del mundo, y Griega (un obrero creador del mundo que es a la vez su principio de intelección).

Lo que extrañó los griegos es la idea de un Dios de una naturaleza distinta. Para los griegos, los dioses son de la misma naturaleza: nacen de una misma fuente, comparten naturalmente una serie de cosas. Por ejemplo, están en el tiempo: todos somos hijos de **Kronos**. Algunos están como blindados, pero siguen viviendo en el tiempo (=> no pueden alterar este orden, que es universal: es el cosmos).

---

<sup>1</sup> Herodoto (i. 131), tras referir que los persas «no tienen imágenes de los dioses, ni templos, ni altares, y que consideran necias estas cosas», pasan a explicar que eso demuestra que «no creen, a diferencia de los griegos, que los dioses sean *anthrópophyeis*, de naturaleza humana», o, podemos añadir, que dioses y hombres tengan la misma naturaleza. Véase también Píndaro, *Carmina Nemea*, vi.

Tal vez lo que interese Hannah Arendt de los griegos sea que le permite remontar a antes del cristianismo, y de esta manera darse cuenta de que nuestra convicción de ser mortales en un universo mortal NO es natural, sino cultural. Es el producto de unas influencias culturales determinadas.

Reenganchando esto con lo que veníamos diciendo en las últimas sesiones: **si** el tiempo es la forma del sentido interno, **y si** este sentido es una construcción, algo que hemos fabricado como “asociación originaria” (el tiempo es enlazar el presente con la memoria que se va sustituyendo a la percepción), **y si** esta construcción se hace bajo el horizonte de la muerte, **entonces** resulta interesante saber si este horizonte es el mismo para todos los hombres, si es universal y por tanto definitorio de una condición humana, o si al contrario es cultural.

⇒ Primer elemento de respuesta: percibir el tiempo del mundo como algo que tiene una historia, con un principio y un fin, es cultural. Nada nos dice que el tiempo del universo (**aión**) sea lineal: nosotros hemos dibujado una historia lineal del universo, con un nacimiento absoluto que es el Big Bang. Pero la misma física sería compatible con el eterno retorno de los estoicos, por ejemplo. Vemos el tiempo como una recta orientada porque creemos que el **aión** es un drama, con un principio, una parte media y un fin. Esta creencia nos viene de los persas: es cultural.

⇒ En cambio lo que trasciende las culturas y si es universal es la conciencia de que somos mortales (en un universo mortal o inmortal, tanto da).

La preocupación griega por la inmortalidad surgió de su experiencia de una naturaleza y unos dioses inmortales que rodeaban las vidas individuales de los hombres mortales. Metidos en un cosmos en que todo era inmortal, la mortalidad pasaba a ser la marca de contraste de la existencia humana. Los hombres son «los mortales», las únicas cosas mortales con existencia, ya que a diferencia de los animales no existen sólo como miembros de una especie cuya vida inmortal está garantizada por la procreación<sup>2</sup>.

Arendt insiste en lo que diferencia la concepción de los griegos de la nuestra: se perciben y se conocen como los únicos mortales en un mundo inmortal. Los dioses son inmortales individualmente, y los animales son inmortales como especie. Los animales no tienen individualidad, solo son una parte de un todo, y no tienen conciencia de que van a morir. Esto es el corazón del problema:

-Aristóteles:

-Heráclito: “camino arriba, camino abajo, uno y el mismo” (fgt.33). La inmortalidad de los dioses (camino arriba) y la inmortalidad de la especie a través de la procreación (camino abajo) son 2 facetas de la misma inmortalidad.

- La especie humana, como especie, es inmortal por el camino abajo. La humanidad, como chispa divina dentro de mí, es inmortal por el camino arriba. Pero yo, como individuo, soy mortal, y además lo sé.

=> segundo elemento de respuesta: lo que determina nuestro sentido del tiempo es el horizonte de nuestra muerte individual. No el horizonte de que la muerte existe y se lo lleva todo: esto es particular a algunas culturas, no es propio de la condición humana como tal. Lo que sí lo es, es esta convicción de que yo solo soy mortal / solo mi muerte importa / mi horizonte es el de mi muerte, no de LA muerte en general. Esto es lo que hace que me preocupo, ie que anticipo el futuro, y que retengo, memorizo, el pasado, mientras que me parece que el presente fluye y se me escapa. Es porque sé que voy a morir.

---

<sup>2</sup> Véase Aristóteles, *Económica*, 1343b24. La naturaleza garantiza para siempre a las especies su ser a través de la repetición (*periodos*), pero no puede hacerlo para siempre al individuo. El mismo pensamiento, «para las cosas vivas, la vida es ser», aparece en *Sobre el alma*, 415b13.

La mortalidad del hombre radica en el hecho de que la vida individual, con una reconocible historia desde el nacimiento hasta la muerte, surge de la biológica. Esta vida individual se distingue de todas las demás cosas por el curso rectilíneo de su movimiento, que, por decirlo así, corta el movimiento circular de la vida biológica. La mortalidad es, pues, seguir una línea rectilínea en un universo donde todo lo que se mueve lo hace en orden cíclico.

La mortalidad del individuo surge de la naturaleza: la historia del individuo es una recta. La tarea y potencial grandeza de los mortales radica en su habilidad en producir cosas -trabajo, actos y palabras<sup>3</sup>- que merezcan ser, y al menos en cierto grado lo sean, imperecederas con el fin de que, a través de dichas cosas, los mortales encuentren su lugar en un cosmos donde todo es inmortal a excepción de ellos mismos. Por su capacidad en realizar actos inmortales, por su habilidad en dejar huellas imborrables, los hombres, a pesar de su mortalidad individual, alcanzan su propia inmortalidad y demuestran ser de naturaleza «divina».

*Homo habilis*: la potencial grandeza de los mortales (cf el humanismo “dignidad del hombre) no radica en que es de misma naturaleza que los dioses, ni en que está llamado a otra vida en la eternidad, sino en que tiene **habilidad para producir cosas que sobrevivan a la vida individual**. Esto no es propio de una cultura: es natural en el hombre, ha nacido así.

Es la condición humana: la habilidad para producir cosas imperecederas, bajo el horizonte de la conciencia de su muerte.

El hombre griego tiene que “convertirse en lo que es”: es el único ser que no es inmediatamente lo que es, sino que tiene que llegar a serlo, se tiene que esforzar. Una gacela es inmediatamente una gacela desde el momento en que nace. Un hombre no: un hombre neonato es una especie de simio sin pelo, y se tiene que convertir en hombre. Y se convierte en hombre cuando es capaz de producir cosas que hacen que su espíritu perdure más allá de la vida de su cuerpo: la Odisea, el Partenón, la gloria en el campo de batalla, una Filípicas, una ley, etc.

No es automático: un humano neonato no siempre se convierte en humano:

La distinción entre hombre y animal se observa en la propia especie humana: sólo los mejores (*aristoi*), quienes constantemente se demuestran ser los mejores (*aristeuein*, verbo que carece de equivalente en ningún otro idioma) y «prefieren la fama inmortal a las cosas mortales», son verdaderamente humanos; los demás, satisfechos con los placeres que les proporciona la naturaleza, viven y mueren como animales. Ésta era la opinión de Heráclito<sup>4</sup>, opinión cuyo equivalente difícilmente se encuentra en cualquier otro filósofo después de Sócrates.

**Los mejores escogen una cosa en lugar de todas: gloria perpetua en lugar de cosas mortales; pero la mayoría es saciada como el ganado.**

La condición humana no es un carácter universal: es la condición para ser humano. Los que viven una vida de animal, *ie* los que se satisfacen de los placeres de la naturaleza, son unos animales. Cuidado no malinterpretar: no condena al placer, solamente dice que para ser otra cosa que un animal hay una condición: HACER, PRODUCIR ALGO que no esa solo la satisfacción de una necesidad natural (esto es el placer, cuidado con la definición).

**Los burros prefieren la paja al oro.**

Paja: lo que asegura la supervivencia de la especie. Animal. Oro : lo que solo tiene un valor para quien es capaz de reconocer símbolos y transmitir este

---

<sup>3</sup> El idioma griego no distingue entre «trabajos» y «actos»; denomina a los dos *erga* si son lo bastante duraderos para perdurar y lo suficientemente grandes para que se les recuerde. Sólo cuando los filósofos o, mejor dicho, los sofistas, comenzaron a trazar sus «interminables distinciones» y a diferenciar entre hacer y actuar (*poiein* y *prattein*), las palabras *poiémata* y *pragmata* adquirieron mayor uso (véase Platón, *Cármides*, 163). Homero aún desconoce la palabra *pragmata*, que en Platón (*ta ton anthrópon pragmata*) está mejor interpretado por «asuntos humanos» y que tiene las connotaciones de trastorno y futilidad. En Herodoto, *pragmata* puede tener la misma connotación (véase, por ejemplo, I. 155).

<sup>4</sup> Heráclito, frag. B29 (Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, 1922a).

reconocimiento a otro que vendrá después. La transmisión del saber es condición para ser humano.

### El hombre puede ser llamado niño frente a la divinidad, tal como el niño frente al hombre.

1º El hombre es tan alejado de la divinidad como el niño del adulto. 2º El hombre está llamado a convertirse en hombre, y a no ser que le pase algo, o que no quiera, algún día lo será.

2º de la misma manera el hombre está llamado a convertirse en divino, no muriendo y resucitando en otra vida fuera del tiempo, sino realizando cosas que trascienden su pequeña vida mortal, obras del espíritu que se puedan transmitir.

La experiencia del filósofo sobre lo eterno, que para Platón era *arhéton* («indecible») y *aneu logou* («sin palabra») para Aristóteles y que posteriormente fue conceptualizada en el paradójico *nunc stans*, sólo se da al margen de los asuntos humanos y de la pluralidad de hombres, como sabemos por el mito de la caverna en la República de Platón, habiéndose liberado de las trabas que le ataban a sus compañeros, abandona la caverna en perfecta «singularidad», por decirlo así, ni acompañado ni seguido por nadie.

La condición humana = tener que producirse como otra cosa que un animal por medio de fabricación de cosas que manifiestan que algo propiamente y exclusivamente humano, es decir algo que manifieste una vida espiritual (como “reconocer el valor del oro”), se elabore y se transmita más allá del tiempo de vida individual de su inventor.

Esto es lo que define a la humanidad para los griegos: la necesidad de hacer algo para ser inmortal como los dioses. No eterno, como los dioses orientales que están fuera del tiempo, sino inmortal, es decir, sencillamente, duradero.

⇒ Tercer elemento de respuesta (¿por qué nos habla de los griegos? 1º para distinguir conciencia de mi muerte – universal – y creencia que todo muere – particular a algunas culturas; 2º esta conciencia es individual y personal, no es de la especie); 3º suscita respuestas que se pueden “evaluar”, y para Arendt la respuesta griega (no soporto la idea de morir ergo voy a realizar cosas imperecederas), es superior a la respuesta judeocristiana (la idea de morir es soportable porque todo el mundo material algún día morirá, y será sólo en morir, porque existe otro mundo, eterno, que no conoce la muerte; y yo pertenezco a aquél mundo, y puedo acceder si dejo tras mío la carne y me dedico a la pura contemplación de lo divino).

La idea cristiana no es contradictoria con la visión griega: existe la misma idea de contemplación de la eternidad por ejemplo en Platón. Pero:

1º la contemplación de la eternidad no está conceptualizado por los griegos: antes de Santo Tomás precisamente, quien conceptualiza la eternidad como “presente inmóvil” (*nunc stans*), la eternidad no es nada. Es contemplar lo indecible. Esto implica que como mucho, es una enseñanza esotérica de algunas escuelas: no está difundida esta representación entre la sociedad.

2º es una actividad para los raritos, los filósofos. Aleja de los hombres, encierra al filósofo en su torre de marfil (Platón insiste mucho en que una vez hemos contemplado el mundo real, hay que bajar. No nos podemos quedar arriba).

3º ¿Porqué es para los raritos, y porqué incluso los más raros no deberían quedarse solos contemplando la eternidad, puesto que todos los raritos dicen que la eternidad es mucho mucho más bonita e interesante que este mundo? ¿Porqué Platón – el mismo Platón que dice “esto que percibimos aquí abajo no es real, aquello que el espíritu contempla allá arriba sí que es real” – insiste tanto en que no hay que quedarse arriba y hay que acordarse de bajar entre los hombres? Por que el hombre no está hecho para vivir solo: quien vive solo dice Aristóteles, bien es un

animal, bien es un dios. Absolutamente y exclusivamente propia del hombre es el hecho de vivir en sociedad “el hombre es un animal político” (zoon politikon, porque es “el animal que discute de lo justo y lo injusto”).

Un momento: la vida política (= la vida en ciudades = el hecho de asociarse para vivir, no agruparse, sino asociarse – agruparse = estar juntos y compartir, asociarse = intercambiar i discutir) es propia del hombre, es lo que diferencia el hombre de, por una parte, los dioses, y por otra parte, las bestias.

Y la conciencia de la muerte individual también es absolutamente propia del hombre y lo diferencia de los animales y los dioses.

Hay una coincidencia: puede que sea +, una relación profunda?

Políticamente hablando, si morir es lo mismo que «dejar de estar entre los hombres», la experiencia de lo eterno es una especie de muerte, y la única cosa que la separa de la muerte verdadera es que no es final, ya que ninguna criatura viva puede sufrirla durante ningún espacio de tiempo.

Políticamente hablando, morir es lo mismo que “dejar de estar entre los hombres”: hablando desde el punto de vista de este tipo de asociación muy particular que es la política (intercambiar y discutir), la alternativa es: ¿formas parte o no formas parte? Políticamente hablando, exilio, muerte o anacoretismo son una sola y única cosa: la reducción al individuo, el “no formar parte”.

Pero ¿qué es un individuo? Un ser biológico, que como tal va a morir, y un ser consciente, que como tal sabe lo que es y lo que le va a pasar.

Dejar de estar entre los hombres y morir es lo mismo para un griego: es dejar de existir como humano, es decir como ser consciente de que tiene que “conocerse a si mismo”. Dejar de estar entre los hombres y morir es lo mismo: es estar reducido al puro estado de materia prima.

No obstante, resulta decisivo que la experiencia de lo eterno, en contradicción con la de lo inmortal, carece de correspondencia y no puede transformarse en una actividad, puesto que incluso la actividad de pensar, que prosigue dentro de uno mismo por medio de palabras, está claro que no sólo es inadecuada para traducirla, sino que interrumpiría y arruinaría a la propia experiencia.

*Theoría* o «contemplación» es la palabra dada a la experiencia de lo eterno, para distinguirla de las demás actitudes, que como máximo pueden atañer a la inmortalidad.

Es una experiencia mística: aleja de la vida social.

Contemplar, es morir un poco. Lo que quiere decir Arendt con esto es ¿qué hay de cultural y qué hay de natural en nuestra concepción del tiempo? (Arendt fue alumna de Heidegger, tiene una formación de fenomenóloga, que viene del maestro de Heidegger, Husserl). Natural es ser mortal, ser consciente de ello, y no satisfacerse de esta suerte. Natural es pues, también, querer dejar tras de sí algo que escape al tiempo.

Cultural es que este algo sea entendido como una fabricación humana que nos aleja de las bestias y nos acerca a la inmortalidad de los dioses; o que sea entendido como algo supranatural que tenemos que alcanzar (por la contemplación, o por la fe, o por las obras).

Lo que quiere decir Arendt es: somos el “ser-para-la-muerte”, si. Hasta aquí está de acuerdo con Heidegger. Pero lo somos de una manera culturalmente determinada, y como nuestra cultura es a la vez griega y judía, pues nosotros occidentales modernos nos hemos construido nuestra idea de tiempo a través de una serie de conflictos:

- Eternidad vs inmortalidad

- Vida contemplativa vs vida activa
- => vida interior vs vida social

Estos rasgos definen nuestra concepción del tiempo.

Quedan 2 cuestiones pendientes:

1º Aún no hemos dejado claro qué es esta relación entre “zoon politikon” et “être pour la mort”.

2º Aún no veo claramente cuál es el nexo entre el tiempo del mundo y la estructura íntima de la percepción.

1º podría mostrar esta relación a través de Aristóteles, que explica en el libro 1 de su *Política* que todas las sociedades humanas están hechas para imitar la inmortalidad. La familia es una unión para la reproducción (imitación de la inmortalidad animal), pero también para la contemplación (la mujer y los esclavos sirven para que el hombre pueda dedicarse a actos inmortales: la política, la música y la filosofía).

A parte de la postura escandalosa para un europeo del s XXI, quiero remarcar el intento de pensar conjuntamente el querer escapar a la muerte y la política. Somos animales políticos *porque* tenemos una relación especial con el tiempo.

Pero como ya hemos estudiado un poco de Aristóteles, vamos a verlo con otro filósofo: Séneca, de la escuela de los estoicos.

Tesis de Séneca en *Sobre la brevedad de la vida*: la vida no es demasiado corta, somos nosotros quienes perdemos el tiempo.

(I) La mayor parte de los hombres, oh Paulino, se queja de la naturaleza, culpándola de que nos haya criado para edad tan corta, y que el espacio que nos dio de vida corra tan veloz, que vienen a ser muy pocos aquellos a quienes no se les acaba justo cuando se iban a poner a vivir. No nos preguntaríamos qué es el tiempo si no tuviéramos la sensación íntima y el conocimiento racional de que tenemos los días contados. Como decía Baudelaire, la clepsidra se va vaciando, y nos preguntamos si hemos hecho o si haremos algo esencial, o si vamos por la vida únicamente gastando el tiempo.

(hay un filósofo cristiano muy influenciado por el estoicismo, Pascal, que trata mucho del divertimento : divertir-se, es etimológicamente desviarse de la única vía que vale la pena).

La mayoría de los hombres se queja de la naturaleza: pero se equivocan. El problema no es la brevedad de la vida, es la idea que nos hacemos de ella, que en la mayoría de los hombres provoca un sentimiento de vacío, la sensación de que su vida está como amputada. Entonces se divierten, “andan pasando de un ocio en otro”, y solo cuando se les acaban las ocupaciones (ie cuando están muy cerca de la muerte) entonces se despiertan y deciden que van a vivir. Pero ya es tarde.

Sin embargo, podemos intuir que hay una minoría para quienes las cosas pasan de otra manera:

(XVI) Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud, no la estrechan los términos que a la de los demás; él solo es libre de las leyes humanas (4); sírvanle todas las edades como a Dios; comprende con la recordación el tiempo pasado, aprovechase del presente, y dispone el futuro; con lo cual, la unión de todos los tiempos hace que sea larga su vida;

El sabio no se preocupa de la muerte, y en su tumba hace inccribir estas letras que encontramos en muchas tumbas romanas: NF. F NS. NC (*Non Fui. Fui. Non Sum. Non Curro*): « antes yo no era, luego fui, ahora ya no soy, no me importa). La muerte no le importa al sabio, porque no

depende de él: no depende de nosotros ni el hecho de morir ni el cómo ni el cuándo, luego es un asunto totalmente *indiferente*. Lo mismo da no estar después de la muerte que no estar antes de haber nacido. Lo único que si importa son las cosas que dependen de mi, y en este caso depende de mí la manera que tengo de enfrentarme a la muerte: puedo hacer como la mayoría de la gente, no pensar, divertirme, y luego en el tramo final cuando se me acaba la diversión ponerme a llorar, o recordar, cada día, que vamos a morir. Es el famoso “memento mori” de la filosofía.

¿En qué consiste ? En recordar siempre, constantemente, que vamos a morir:

A Lucilio: Dime, cuando voy a dormir: «puede que no despiertes»; dime cuando estoy despierto: “puede que no duermas ya más”; dime cuando salgo: “puede que no vuelvas”; dime cuando vuelvo: “puede que no salgas”. Te equivocas si piensas que sólo en la navegación es mínima la distancia que separa la vida de la muerte: en cualquier situación la distancia es por igual mínima. No en todas partes la muerte se evidencia igualmente próxima, pero en todas partes está igualmente cercana. Disipa ésta mi oscuridad y me transmitirás más fácilmente las enseñanzas para las que me he de preparar. La naturaleza nos ha engendrado aptos para aprender y nos ha dotado de una razón imperfecta, pero capaz de perfeccionarse. Háblame disertando sobre la justicia, sobre la piedad, sobre la frugalidad, sobre la castidad en su doble aspecto, tanto en el que es continencia del cuerpo ajeno, como en el que es solicitud por el de uno mismo.

Recordar que vamos a morir es saber que no podemos perder el tiempo, y que tenemos que hacer algo que hemos venido aquí a hacer. Hemos venido a: ser humanos, nada más y nada menos. Ser humano = perfeccionar la razón mediante el aprendizaje.

Pero solo podemos aprender si estamos en sociedad. No en grupo, no en ramado ni en enjambre ni en horda: en sociedad. Una sociedad es un grupo donde intercambiamos, básicamente por medio del lenguaje, y básicamente entorno a como nos tenemos que comportar, y qué estructura sería la mejor para una sociedad digna.

¿Qué hace entonces el sabio ? Hace 2 cosas:

1º entiende que el tiempo se divide en pasado, presente y futuro; entiende que el futuro es incierto, que el pasado es irrevocable, y que la única dimensión del tiempo que depende de él es el presente, porque el presente es el marco de nuestra actividad racional y consciente. El sabio se centra en el presente. ¿cómo?

- a) “limpiándolo” de todo lo que le puede contaminar: añoranzas y remordimientos, ansiedades, temores y esperanzas, el pasado y el futuro no dependen de mi, están fuera de mi alcance, por tanto los tengo que considerar como indiferentes. Depende de mí impedir que desvíen mi atención del presente, de lo que estoy haciendo => ejercicios espirituales, como el famoso “carpe diem”. Depende de mí también no malgastar mi tiempo haciendo cosas fútiles.

⇒ Donde Agustín veía una intención y una extensión del alma, una tensión entre el pasado y el futuro, que revelaban la existencia de una eternidad supratemporal y supernatural, Séneca en cambio dice que tenemos que estar “concentrados” en el

presente. Pero ¿qué es el presente? En qué exactamente me tengo que concentrar: ¿en lo que estoy haciendo ahora mismo? ¿en el día a día?

- b) Estirando el presente todo lo que puede: presente es toda mi vida, presente es todo el cosmos tal y como existe ahora => otra serie de ejercicios, como el de meditar sobre la vida y la muerte, o sobre la totalidad del universo.

Este momento, claramente delimitado porque estoy concentrado en él, y luego extendido hasta donde llega mi fuerza mental, es la tercera dimensión del tiempo según los griegos : *aiôn* es el tiempo largo de los inmortales y de la naturaleza, *kronos* es el tiempo que todo lo devora, y *kairos* es “el momento oportuno”. Es el “cuándo”. Estar centrado en el “cuando”, y entender que todo el universo es una sucesión de “cuándos”, ésta es la actitud del sabio.

En frente, el necio hace todo lo contrario: se centra en el futuro y los buenos momentos a venir le parecen que tardan demasiado en llegar, y su impaciencia le causa sufrimiento. Cuando llegan, se angustia porque sabe que pronto se acabarán, y su angustia le causa, también, sufrimiento. Y desperdicia su tiempo en divertimentos fútiles:

(XV) Éstos que andan pasando de un ocio en otro, inquietando a sí y a los demás, cuando hayan llegado a lo último de su locura, cuando hayan visitado cada día los umbrales de todos los ministros, cuando hayan entrado por todas las puertas que hallaron abiertas, haciendo sus interesadas visitas en tan inmensa ciudad, entretenida a su vez en varios deseos; ¡a cuántos no encontrarán cuyo sueño, cuya lujuria o cuya descortesía los echen! ¡Cuántos, después de haberles atormentado con hacerles esperar, se les escapan con una fingida prisa!

Notar que divertirse no significa tener ocio, sino estar siempre ocupado, no tener tiempo para lo que importa. Solo importa lo que depende de mí: no depende de mí la duración de mi vida, sino únicamente usar el tiempo que la lotería o la providencia me ha otorgado para ser un hombre de bien. “Lo que me ha caído de la lotería o de la providencia” se dice *daimôn*, y prefijo que significa bien, bueno es “eu”: eudaimôn = la felicidad. ¿Qué es la felicidad? Los estoicos dicen : es lo que te pasa cuando dejas de preocuparte y estás a lo que haces, es decir, únicamente te ocupas presentemente de ser un hombre de bien. Ser un hombre de bien = cultivar y hacer progresar tu razón en tus relaciones con los demás humanos, con todo lo que te envuelve, con todo lo que te está presente.

La felicidad, que reside en la capacidad de “carpe diem”, es un tipo de relación contigo mismo y con los demás: es un tipo de vida social. Ver la vida social del necio, y comparar con la del sabio:

Solo aquéllos (los sabios) están destinados en verdaderas ocupaciones, y se precian tener continuamente por amigos a Zenón, a Pitágoras, a Demócrito, a Aristóteles y Teofrasto, y los demás varones eminentes en las buenas ciencias. Ninguno de éstos (los filósofos) estará ocupado, ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí al que viniere a comunicarlos; ninguno de ellos consentirá que los que comunicaren salgan con las manos vacías.

(dice “convértete a la filosofía” como Agustín dice “convértete al cristianismo”). + allá, dice : la clave de la felicidad es tener buenos amigos, amigos indefectibles siempre disponibles para ayudar a hacer progresar tu razón, tu parte humana.